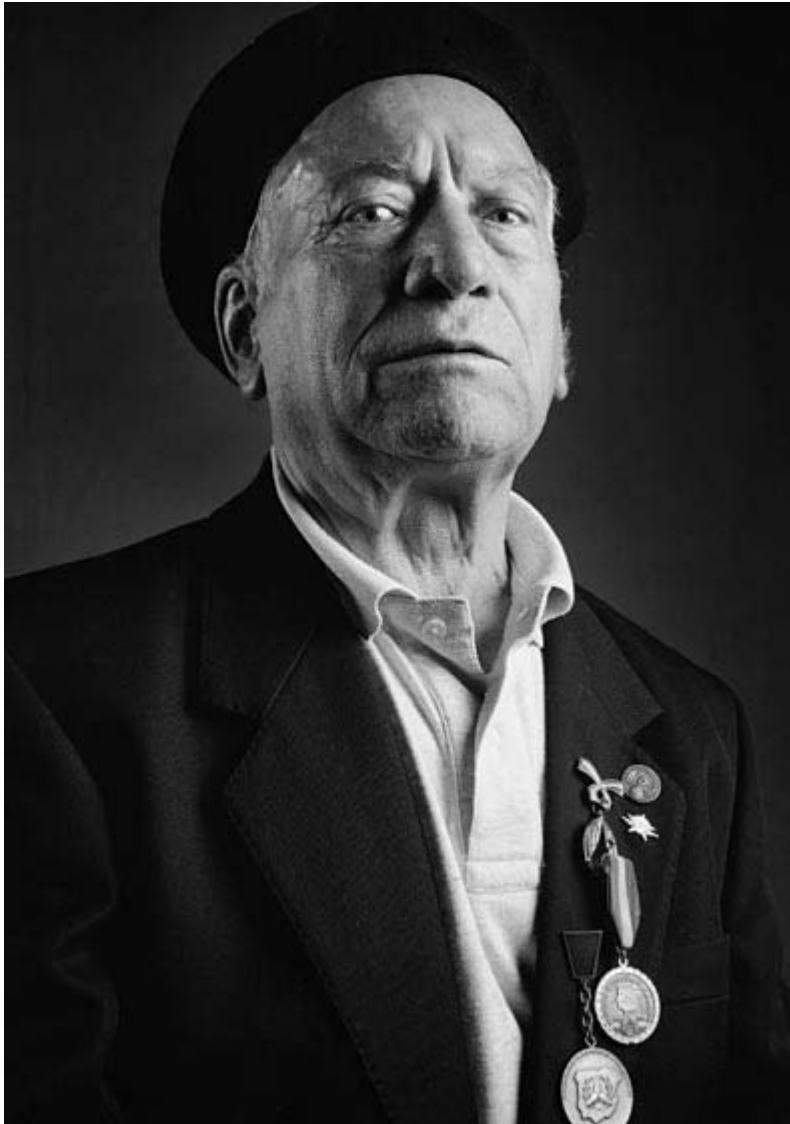


Theo Francos



Hijo de trabajadores españoles emigrados a Francia, vivió siempre en Bayona. Militante comunista desde los 16 años. Al comienzo de la guerra viajó a Madrid para luchar con el 5º Regimiento y, más tarde, con la XI Brigada Internacional, donde ejerció de comisario político. Al retirarse las Brigadas Internacionales, continuó la lucha en el Ejército republicano y fue hecho prisionero. Fue a parar al campo de concentración de Miranda de Ebro. En 1940 logró salir del país y se unió a los aliados como paracaidista. Intervino en las batallas más importantes de la Segunda Guerra Mundial. En Holanda fue capturado y fusilado sin éxito. Aún tiene una bala alojada en el cuerpo, junto al corazón. Hoy sigue siendo comunista y antifascista.

Siempre he vivido en Francia, aunque soy hijo de españoles y nací en España. Mi madre decidió ir al pueblo a dar a luz para hacerlo en compañía de su familia. En el año 1909, por razones económicas, emigraron a Bayona, donde mi padre consiguió trabajo en una fragua. Allí fui al colegio hasta los doce años. Luego me contrataron para trabajar como camarero en un restaurante y dejé la escuela. A los 16 años, me afilié a las Juventudes Comunistas. Veía que el fascismo se estaba expandiendo por Europa y empecé a darme cuenta de que era importante estar dispuesto a luchar para evitar ese avance. La primera ocasión para actuar se me presentó en octubre de 1934. En Asturias se había producido el levantamiento obrero. Los trabajadores asturianos fueron salvajemente reprimidos. En las Juventudes Comunistas ayudamos a cruzar la frontera francesa a los que conseguían escapar. Les instalábamos dos o tres días en una pensión, les conseguíamos unos billetes de tren a París y les dejábamos en la estación de San Juan de Luz. Si se trataba de cargos importantes, les acompañábamos hasta París. En total conseguí pasar a unos treinta militantes clandestinos.



Theo Francos de uniforme. Madrid 1937.

Cuando en España se produjo el alzamiento militar contra la República, yo me indigné. Me asustaba que el fascismo estuviera ganando posiciones tan cerca de nuestras fronteras. Sabíamos que el fascismo acabaría con la igualdad y con la libertad de los pueblos. En el caso de España para mí era aún más doloroso, ya que nos alegramos mucho cuando el Frente Popular ganó las elecciones. A los pocos días, tuve el deseo de combatir al lado de los republicanos. Este deseo no era compartido por mis dirigentes políticos. Yo no hice caso de sus órdenes y el 10 de agosto de 1936 llegué a Madrid, acompañado por un compañero de Biarritz.

En Madrid, me alojaron en un convento de los salesianos, en Cuatro Caminos y pasé a formar parte de las fuerzas republicanas españolas. En esos primeros momentos los extranjeros éramos, sobre todo, belgas y franceses. Muchos eran

atletas que llegaron a Barcelona el 17 de julio para participar en las Olimpiadas Populares organizadas como respuesta al boicot a los deportistas antifascistas que había tenido lugar en los Juegos Olímpicos de Berlín. Juntos formamos una de las primeras centurias franco-belgas, llamada Comuna de París e incluida en el 5º Regimiento, fundado el 2 de agosto con la aprobación del Partido Comunista de España y que dirigía Vittorio Vidali, conocido como el comandante Carlos. Nos dieron un pantalón, una chaqueta y un fusil y nos mandaron a la sierra de Guadarrama. Nuestro primer combate tuvo lugar en el puerto de Somosierra. Cerramos el paso a las tropas del general Mola, que amenazaban con entrar en Madrid por el norte. Seguidamente nos enviaron a Talavera de la Reina, para evitar que los nacionales avanzaran hacia Madrid por esta vía.

Cuando se crearon las Brigadas Internacionales todos los extranjeros fuimos enviados a Albacete. ¡Una verdadera torre de Babel! Un total de 35.000 voluntarios de 54 naciones pasamos por allí. Yo me incorporé a la XI Brigada. La instrucción duró apenas quince días. El día 8 de noviembre participamos en el gran desfile de las Brigadas Internacionales. Sobre nosotros volaban los Moscas y los Chatos, que acababan de llegar de la URSS. Nuestra XI Brigada estaba a la cabeza del desfile y el pueblo de Madrid nos acogió de una manera inolvidable. Nuestra primera acción fue la defensa de la Ciudad Universitaria. Fue un combate terrible, cuerpo a cuerpo, edificio por edificio y escalera por escalera. Tirabas un tabique y te encontrabas con un moro de frente. El primero que tiraba era el que se salvaba. Pasamos mucho miedo. Creo que fue algo parecido a lo que debió ser Stalingrado. Además, los aviones alemanes de la Legión Cóndor nos aplastaban con sus bombas, mientras las columnas de



Radiografía de tórax de Theo Francos en la que se aprecia la bala. Noviembre de 1950.

Yagüe nos atacaban por tierra. Perdimos más de un tercio de nuestros efectivos en estos combates, pero nuestra satisfacción fue que Franco no pudo cumplir su palabra de estar en Madrid para oír misa a finales de ese mes. Durante estos combates me hirieron por primera vez. Fue en el brazo izquierdo, por la metralla de una granada. Me mandaron a la retaguardia, a Elche. Allí pasé mi primera Navidad en guerra.

En enero de 1937, ya recuperado, me enviaron en prácticas de formación a la escuela militar situada en el cuartel de Portacelli, a 29 km de Valencia. Salí el 5 de febrero de 1937 con el título de comisario político de la brigada. Precisamente ese día, los franquistas lanzaron su ofensiva por el este de Madrid, en la zona del río Jarama. Y allí, con el lema de «No pasarán», luchamos para salvar de nuevo Madrid. Murieron unos tres mil Brigadistas. No dábamos abasto para introducir los cuerpos en las fosas. Todavía hoy tengo la imagen grabada en mi cabeza: todos esos brazos y esas piernas desperdigadas por el campo, descomponiéndose al sol. Fue horrible. A mitad de combate tuve que realizar una de las operaciones más arriesgadas de toda la guerra; fui casi hasta las líneas franquistas a buscar a un camarada americano, de la Brigada

Lincoln, al que una granada había arrancado un brazo. Se trataba de un gran pianista. Para rescatarlo, tuve que atravesar a nado el río Jarama que, por suerte, era bastante estrecho a esa altura. Fui tirando y arrastré como pude su cuerpo mutilado. Hace pocos años, en 1986, nos reencontramos en Madrid en el 50º aniversario de la guerra. Con su única mano, tocó las notas de El paso del Ebro, una canción que nos reconfortaba el corazón durante los días previos al combate. Fue increíble.

El 16 de julio de 1937 volvimos a entrar en combate. La batalla de Brunete fue una de las más duras. Los combates eran violentísimos y las temperaturas rondaban los 45 °C. Era espantoso encontrarse sin agua en ese horno de fuego y metralla. Estábamos en primera línea con el 5º regimiento. Comenzamos muy bien. En los primeros momentos conseguimos ganar terreno, pero enseguida se frenó el avance porque nuestras tácticas militares eran insuficientes. Fue otra matanza. Después de Brunete tuvo lugar la ofensiva del Alto Aragón. Allí reinaba una gran confusión. Los anarquistas habían abandonado los frentes para montar sus colectividades. Nunca entendí bien a los anarquistas. Me asombraba ver a los que estaban en primera línea jugar partidos de fútbol con los franquistas en los momentos tranquilos.

Del 24 de agosto al 6 de septiembre se produjo la batalla de Belchite. Una vez más, nuestra intervención, victoriosa en un principio, se vino abajo por nuestras deficiencias en estrategia y táctica militar. No pudimos tomar Zaragoza. Después llegó Teruel. También allí los combates fueron terribles, pero esta vez debido a un frío siberiano intensísimo. Tanto, que los ancianos de la zona no recordaban algo igual. No estábamos equipados para soportar unas temperaturas tan bajas. Además nos acosaban los aviones Messersmith alemanes, frente a los cuáles nuestros Chatos no podían defenderse. La situación no dejaba de empeorar. Estábamos bloqueados por la nieve. Numerosos camaradas tenían los miembros congelados y muchos murieron por esta causa. El 8 de enero entramos en Teruel. Fue una victoria efímera, porque los franquistas consiguieron reconquistar la ciudad el 22 de febrero.

A finales de febrero cubrimos lo que para los republicanos sería el gran acontecimiento de esta guerra: el paso del Ebro. En el mes de agosto todavía estábamos en la zona, en el pueblo de Corbera. Contábamos ya con 120.000 bajas. Fue la última gran batalla. En octubre de 1938 llegó, de manera súbita, la orden de que las Brigadas Internacionales nos debíamos retirar de España debido a un acuerdo firmado en Londres.

El 28 de octubre de 1938 se celebró en Barcelona el acto de despedida. La Pasionaria pronunció un discurso histórico y sus palabras se me quedaron grabadas: «Podéis marchar orgullosos. Vosotros sois la historia, vosotros sois leyenda. Sois el heroico ejemplo de la solidaridad y de la universalidad de la democracia. No os olvidaremos y cuando el olivo de la paz florezca, ¡volved a nuestro lado!» Yo no podía abandonar así al pueblo español. Decidí permanecer en España y me incorporé a la 65ª Brigada de choque del Ejército republicano.

Fuimos hacia Andalucía y Extremadura. Los combates cada vez eran más difíciles. Madrid resistía, pero empezábamos a sentir que la victoria se nos escapaba de las manos. Luchamos en Cabeza del Buey, Don Benito, Pozoblanco, en el valle del Guadiana y en Villanueva de Córdoba.

En marzo de 1939 se produjo la retirada general hacia el puerto de Alicante, donde los dos últimos barcos debían partir. Nos juntamos millares de combatientes vencidos. Habíamos caído en una trampa. Los aviones italianos empezaron a bombardearnos y, más tarde, llegaron los tanques italianos. La desesperación llevó a algunos hombres a suicidarse tirándose desde el puerto a las rocas. Desmoralizado y vencido, me hicieron prisionero. Sufrí entonces la violencia salvaje de los franquistas. Me golpearon y, sin comer nada, me condujeron a la cárcel de Portacelli que, para colmo, quería decir «puerta del cielo». A todos los que ostentaban el cargo de comisarios políticos les introdujeron en un camión y desaparecieron para siempre. Por lo que a mí respecta, fui torturado. Nos hacían «la gota de agua»: Te atan en el suelo y hacen que una gota caiga sobre tu cabeza sin parar. Muchos se volvieron locos. Yo tuve suerte, pude resistir y conseguí camuflar el grado de comisario político. De allí me trasladaron al campo de concentración de Miranda de Ebro. Conseguí ocultar mi verdadera identidad y adopté la de uno de mis primos, François Pérez, que vivía también en mi misma calle y que había venido, como yo, para luchar junto a los republicanos. A él lo fusilaron en Tolosa y me transfirieron sus papeles al campo de Miranda.

En el campo, mi único pensamiento era evadirme. La primera ocasión se produjo cuando un grupo de polacos consiguió hacer un túnel que partía desde la capilla. Provocaron un cortocircuito con el muelle de una de sus camas y, gracias a eso, pudimos escapar 35 personas. Conseguimos llegar a la línea del ferrocarril. Los ferroviarios de Miranda nos ayudaron a subir a distintos trenes, pero yo no tuve suerte, me detuvieron y me trasladaron a una prisión de alta seguridad en Burgos. Allí me volvieron a torturar. Me metieron en una celda subterránea en oscuridad total. Allí estuve tres meses. Mis únicos alimentos eran un poco de pan y agua cada 24 horas. A la salida de esta «tumba» sufrí un violento 'shock' producido por la luz del día.

Después, me trasladaron de nuevo a Miranda. Unas semanas más tarde protagonicé una nueva evasión, esta vez a través de las alcantarillas. Fue repugnante. Caí en un pasaje muy difícil y quedé bloqueado durante algún tiempo pero, finalmente, conseguí liberarme y llegué a un pequeño curso de agua que facilitó mi huida. Una vez más fui detenido por la Guardia Civil y conducido de nuevo al campo de Miranda. Allí me golpearon generosamente y luego me enterraron hasta la cintura, a pleno sol, para recibir noventa latigazos. Acabé con la espalda en carne viva y, para colmo, me rociaron con vinagre. Me quedé inconsciente y no lo hubiera contado si mis compañeros no me hubieran sacado de allí y no me hubieran ido dando

pequeñas raciones de leche condensada de las que suministraba la Cruz Roja Internacional. Me abrían la boca y me introducían un par de cucharadas. Así me fui recuperando. También mi familia sufrió las represalias de mi militancia. A un tío de mi mujer, Miguel San Miguel, le ataron a la cola de un caballo y le lanzaron al galope hasta que se desangró. El hermano de mi padre, Esteban Francos, alcalde de Fontihoyuelos, fue rociado con gasolina y quemado vivo en medio del campo. Y a cuántos prisioneros republicanos vi que les cortaron el puño, mientras les gritaban: « ¡A ver como saludáis ahora con el puño cerrado!»

Una vez recuperado, me integraron en una brigada de trabajo para la construcción del pueblo nuevo de Belchite. Nos alojaron en un convento en ruinas. Recibíamos berzas como único alimento. Finalmente, gracias a la intervención de la Cruz Roja, pude salir libre. A mediados de junio de 1940 y acompañado por un funcionario de la Embajada de Venezuela en Madrid me llevaron en tren hasta Irún para atravesar la frontera con Francia. Yo no sabía nada de la situación militar en Europa. Pensaba que volvía a casa para ver a mi familia y descansar. Pero no fue así. Llegué a Hendaya el 20 de junio de 1940. Allí me enteré de que la llegada de las tropas alemanas era inminente. Me había liberado de las garras del franquismo, pero me esperaban las tropas hitlerianas. Por casualidad, ese mismo día supe que algunos barcos polacos iban a partir desde el puerto de San Juan de Luz hacia Inglaterra. Tuve el tiempo justo, para proveerme de uno de sus uniformes y embarcar con ellos. Esto ocurrió el 21 de junio de 1940. El día 23 entrábamos en Plymouth. A partir de aquí comenzó otra nueva odisea.

Al llegar a Inglaterra me llevaron a la Escuela de Paracaidismo de Manchester. Allí nos formaron para las operaciones de sabotaje. En febrero de 1941, comenzaron una serie de operaciones y misiones en Noruega, Bélgica y, sobre todo, en la Francia ocupada. En febrero de 1942, el general Rommel ya había avanzado con sus tropas. Se habían producido los duros combates de Tobruk y los bombardeos de Trípoli. Así que nos mandaron al desierto de Libia. Nos lanzaron en paracaídas en la zona para volar una barrera y una central. En esta misión viví uno de los momentos más terribles y dramáticos de mi vida. Mi mejor amigo desde la guerra de España, mi gran compañero, Jacques Vidal, que era casi como un hermano para mí, fue gravemente herido por una ráfaga de ametralladora. Tenía diez o doce tiros en el cuerpo. Tuve que llevarle a costas durante más de 15 km a través del desierto. Él sufría horriblemente, y estábamos agotados. No debía caer vivo en manos del enemigo. Tenía una pastilla de cianuro, pero no tenía el coraje suficiente para tomarla y me pidió que le rematara. Tuve que hacerlo. No le deseo a nadie que tenga que pasar por lo que yo pasé en esos momentos. De los quince hombres que participamos en la operación, sólo siete alcanzamos las líneas inglesas.

A finales de 1942 se produjeron más misiones sobre la Francia ocupada y sobre Bélgica. En una de ellas tuvimos que atravesar Bayona de incógnito. Pasé por la calle Víctor Hugo, bajo la ventana de la casa de mi madre y no pude siquiera parar a saludarla. Desde allí, una mujer de

San Juan de Luz me llevó en una ambulancia a una pensión. Tenía que pasar la frontera por mi cuenta, pero, una vez en España, me detuvo la Guardia Civil y me encontré de nuevo en el campo de Miranda, que ya había conocido en 1939. Era julio de 1942. Conseguí de nuevo evadirme, pero fui interceptado una vez más a un kilómetro de la frontera portuguesa. Paré en una casa a pedir agua y era de la Guardia Civil. ¡Otra vez de vuelta al campo de Miranda! Me volví a escapar en noviembre, esta vez con éxito, ya que conseguí pasar a Portugal y, desde el puerto de Setúbal, embarcar hacia Casablanca y, más tarde, hacia Inglaterra.

Al poco tiempo comenzó la campaña sobre Italia. Después de Sicilia y Montecassino entramos en Roma. Habíamos recibido la orden de dejar pasar primero a los americanos, pero la ignoramos y fuimos los primeros en poner la bandera de la Francia libre en la plaza de Venecia. Esto nos valió un mes de arresto. De las tropas americanas hubo algo que me sorprendió enormemente. Los comedores eran dobles para separar a los militares negros del resto durante las comidas. Este racismo me ponía malo.

Hacia el 15 de septiembre de 1944, me lancé en paracaídas sobre Arnhem, en Holanda. El enemigo nos rodeó al salir el sol y nos hicieron prisioneros. Entonces, a pesar de la convención de Ginebra, esperaron a la noche y, por grupos, nos llevaron delante de una fosa. Éramos 37 hombres. Fue el 30 de septiembre de 1944. Teníamos la fosa detrás de nosotros y las metralletas delante. En el momento en que me di cuenta de que nos iban a ametrallar, en unos segundos pasaron por mi cabeza las imágenes de mi madre y de las torres de la catedral de Bayona. Más tarde, oí el comienzo del tableteo de las metralletas y me dejé caer. Entonces se produjo el milagro. La bala que debía haberme tocado en pleno corazón fue amortiguada y desviada por una insignia metálica de paracaidista que llevaba en mi uniforme.

Gravemente herido, caí en la fosa junto a mis compañeros muertos. Los alemanes no nos remataron ni nos cubrieron de tierra y cal, sino que decidieron dejarlo para el día siguiente.

Segundo milagro. Antes de su llegada, al alba, se produjo el tercer milagro. Una pareja de campesinos holandeses, gente muy valiente y, sobre todo, buena, pasó por delante de la fosa para empezar su jornada de trabajo en el campo. Eran de la Resistencia.

Sorprendidos, descubrieron la carnicería y, observando los cuerpos, vieron que uno entre ellos se movía todavía un poco. Era yo. Entre los dos me llevaron más mal que bien, gracias a que aún era de noche, a su granero. Yo estaba inconsciente y gravemente herido. Tenía la bala alojada en la base del corazón, al lado de la aorta. Pudieron encontrar un médico de la Resistencia que acudió regularmente a curarme. Esto tuvo para ellos un riesgo enorme. La mujer se hizo pasar por enferma para ocultar mi presencia y justificar la atención médica ante sus vecinos. Además de mi sufrimiento físico, la vida en el granero durante estos meses fue horrible, siempre sobresaltado al mínimo ruido y en un estado de ansiedad permanente. No solamente por mí, sino por la gente que me hospedaba. Todo esto duró tres meses hasta que

por fin un avión de rescate vino a buscarme. Unas horas más tarde estaba en Inglaterra, para asombro general de mis compañeros, que me habían declarado muerto en combate. A los pocos días, a pesar de mi estado, volví a combatir. La misión era liberar la capital de la Alsacia. Los fragmentos de metralla de una granada enemiga me hirieron en las dos piernas. Con estas heridas concluyó mi etapa de paracaidista: 554 saltos y 2.500 horas de vuelo.

Me trasladaron al hospital de Biarritz y, más tarde, al hotel de las Termas Salinas hasta que estuve totalmente restablecido. No quise que avisaran a mi madre ni a mi prometida. No las había visto desde hacía nueve años y quería estar totalmente recuperado y en pie para llamar a su puerta y sorprenderlas. Eso fue lo que hice a finales de febrero de 1945. Me concedieron un permiso y aproveché para hacer una escapada con mi prometida a París. Volví al hospital con una semana de retraso.

Ella se convirtió mas tarde en mi esposa. Al contrario que mi madre, que llevaba ya luto por mí, ella nunca perdió la esperanza de volver a verme. Nos casamos en Bayona en el 46. La guerra había terminado, pero entonces comenzaron los problemas para acreditar mi identidad.

Durante todos estos acontecimientos yo había adoptado muchos nombres: François Pérez, Pierre Elisalde, Pierre Cahier, Josef Soeniest y Joseph Dallet. Quisieron cobrarme por recuperar mi verdadera identidad, pero yo me negué desde el principio. Gracias a un diputado comunista amigo mío, se pudo arreglar y el 16 de julio de 1947 obtuve, por fin, mi verdadero nombre y la nacionalidad francesa.

En 1950 ya había retomado mi trabajo como camarero en Bayona. De pronto, un día, me llegó una notificación para que me hiciera la revisión médica para el servicio militar. Se lo comenté a mi amigo el diputado y lo solucionó todo una vez más. Hoy sigo yendo a algunas convocatorias y reuniones y me hago revisar cada tres meses la bala que todavía tengo alojada a tres milímetros del corazón, por si se desplaza. Nunca quise sacarla, me dio miedo. A pesar de eso, sigo fumando de vez en cuando en pipa. Y me encuentro bien.

Théo Francos y el Otoño para salvar Madrid de Christine Diger



Un texto biográfico sobre las Brigadas Internacionales

Publicado el Martes 29 de abril de 2008, a las 18:03

Julio Castro - laRepúblicaCultural.es

La agri dulce historia de numerosos voluntarios de la paz y la libertad en España ha tenido algunos reflejos en las narraciones de la vivencia de algunos Brigadistas Internacionales de los miles que vinieron a la defensa de

la II República. La de **Théo Francos** tiene sus peculiaridades (igual que otros), pero la principal la podemos ver en que, siendo español, las causas y vivencias familiares le llevaron a militar en esas Brigadas Internacionales de las que queda aún tanto por conocer y por narrar.

El libro ***Un otoño para salvar Madrid***, de **Christine Diger**, lleva por subtítulo "*Historia de Théo, combatiente por la libertad*" y recoge en segunda persona la biografía de este castellano, criado y crecido en el entorno de los españoles emigrados a Francia huyendo del despotismo del terrateniente y el cura de turno que, en cada uno de los pueblos de nuestro país, imponían, casi sin diferencias entre uno y otro lugar, unas formas de vida atroces fruto del feudalismo más brutal y próximo a la esclavitud en connivencia con las "castas" decimonónicas, los sucesivos dictadores y la corona real, quien fuera que la sostuviese.

Desde la peculiar "huída" de sus padres y sus hermanas, pasando por el nacimiento de Théo y la situación como trabajadores de los emigrantes en el sur de Francia, su lucha contra la explotación y las diferencias y similitudes entre ambas sociedades, pasa al aprendizaje del apego a los lugares, con un continuo recuerdo de las agujas de la catedral de Bayona que, en lucha, se irá sumando como un recuerdo a las vicisitudes y las personas con las que compartirá los frentes de batalla o los momentos de pausa entre las mismas, o de miserias durante las detenciones.

Especialmente agrídulce la narración, por cuanto que persona de paz, contra toda violencia, consideró un deber moral defender lo que a su padre le habían robado en vida: la libertad y la dignidad. Por este motivo se encontró en una cruenta lucha nunca soñada, frente a los fascistas que perpetraran el golpe del 17 de julio de 1936 contra el mejor sistema político que ha pasado por nuestra tierra.

Y como comprometido que fue y que es, siguió su lucha más tarde en el frente mundial, donde el escenario de preparación que fue el de nuestro país para nazis y fascistas, desembocaría en algo de mucha mayor

magnitud. Pero su corazón se quedó siempre en su país, como también la bala que recibió quedó alojada junto al mismo y ahí sigue y seguirá de por vida. Por ello no deja de volver y de reclamar que la lucha continúe en los ámbitos de la política frente a los abusos contra las libertades, la igualdad y la paz. Así le he conocido y así le conoció Christine Diger, la autora de esta biografía-narración, que en tono dulce no deja de contar cada una de las crueldades que nuestro pueblo, el de Théo Francos, tuvo que vivir.

Su autora, **Christine Diger**, nació en Casablanca pero vivió desde su niñez en Bayona (Francia). Es operadora de sonido en radio, pero también realizadora. Desde hace años se preocupó por investigar la guerra en España debido a sus orígenes familiares, pero cuando conoció a Théo

Francos no llegó a pensar cómo le afectaría la vida de este combatiente, hasta que se planteó la necesidad de recoger su historia en este libro.

Es uno de los textos necesarios para conocer la historia de las Brigadas Internacionales y los Brigadistas. Ha sido traducido al castellano por José Ignacio García Muniozgueren y publicado hace unos meses por la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales, con el apoyo del Ministerio de Cultura y la Junta de Comunidades de Castilla- La Mancha.



EL BRIGADISTA THEO FRANCOS SERÁ ESPAÑOL

"Quiero ser ciudadano del país por el que luché"

PABLO LINDE - Madrid - 18/11/2008

Quedan pocos brigadistas internacionales vivos. La asociación que los agrupa calcula que no serán más de 200 o 300. "Es una pena, a muchos de los que han muerto, seguro que les habría gustado tener nacionalidad española". Lo dice Theo Francos, francés que llegó a ser comisario político de la XI Brigada. Llegó a España con la intención de pasar una semana en las olimpiadas de obreros de Barcelona. Un día después, estalló la Guerra Civil y se quedó combatiendo contra el fascismo.

A sus 94 años, habla por teléfono desde Francia, ilusionado con la reunión de veteranos que se celebrará a finales de este mes en Barcelona en conmemoración del 70 aniversario de la despedida de las brigadas. Recuerda las batallas que vivió y los 14 meses como prisionero que sufrió al final de la guerra. Estuvo condenado a muerte y quedó libre merced a un intercambio de alimentos por prisioneros. "Ofrecimos nuestras vidas para cambiar el mundo. Es una pena, no pudo ser", reflexiona.

Tiene claro que va a aprovechar la oportunidad de obtener la nacionalidad que le da el real decreto que se aprobó ayer. "Es algo simbólico, pero he estado tres años luchando por España y me apetece ser un ciudadano de ese país".